

Convertido en un mito que arrastra con tranquilidad la estela de su fama, Alberti ha venido a nosotros como si los años de la ausencia nunca hubiesen existido.

Y es gracias al Instituto de Cooperación Iberoamericana que podemos contarle al poeta de todo nuestro tiempo cuán suya es el alma americana. Así, cuando pensamos en su venida a Chile, el país de los volcanes, lo hicimos sabiendo que reencontraríamos al amigo, al avecindado por veinticuatro años al otro lado de Los Andes, hombre de dos mundos que rehiciera su hogar y su esperanza a orillas del Paraná y que creó tanto arte de aliento americano que es tan nuestro como de su Cádiz natal.

Mucho antes de las circunstancias dolorosas que le trajeran en el "Mendoza" por las aguas del mar en guerra, los hilos de su amistad con Chile comenzaron a entrelazarse cuando desde Java, Pablo Neruda le escribiera con ocasión de las publicaciones de "Cal y Canto" y "Sobre Angeles". El por su parte había conocido el manuscrito de "Residencia en la Tierra". Lenguaje de hombres que hablan trascendiendo el mismo idioma, interpretando las almas: el alma ibérica, llena de cancioneros y el alma americana, impregnada de voces telúricas, susurrantes y misteriosos.

Alberti, "con España en el corazón", no pudo menos que construir en su nuevo universo, "una graciosa Arboleda Perdida Americana". "En esas apretadas sombras que aparecen desiertas, cruzadas de caminos que hay que ir descubriendo" el poeta fue adentrándose en el ser de esta tierra.

El, que comenzó a hacerse poeta con la muerte de su padre, vería su verso tantas veces traspasado por la muerte, que es un milagro que toda su voz no suene a llanto.

La sangrante escisión española haría marcharse al mozo idealista. Desgarrándose de su raíz porque partía -como tantos- sin quererlo.

*Los muertos
los que partió lo
encuentra*

Y América fue restañada en su memoria de cinco siglos por estos hombres. España, a costa de su propia muerte, rescató ese honor que ha sido su divisa.

A Alberti, al poeta de dos mundos y de todo el mundo, queremos recibirlo con el corazón abierto a su vida y a su obra, monolíticamente unidas en la avanzada de la libertad, supremo bien que él y nosotros perdiéramos en un largo tramo de nuestras vidas.

Al poeta, al hombre, al español más americano de las letras hispanas, el que escribiera una canción para Valparaíso, le saludamos como al símbolo encarnado de la libertad maltratada. Con sus 24 años de exilio que fueran 24 muertes lejos de su patria. Digamos por él y con él

"Dad al que vuelve ¡por amor!, un trozo de luz tranquila, un cielo sosegado" o

"No haya cárcel ni tormentos para la verdad sencilla"